der quitarnos de encima a esa pandilla de asesinos y ladrones que han desprestigiado la justicia y han convertido al crimen en el único camino para conseguir riqueza?

Cuando conocí a Eduardo Caballero Calderón, él no pensaba que esto fuera posible. Al contrario, nos veía destinados a la catástrofe. Después de setenta años de batallar contra toda clase de molinos de viento, este Quijote criollo había recobrado la razón y se preparaba para morir sensato. Él sabía que nunca vería pavimentada la Carretera Central del Norte, que los políticos siempre encontrarían una forma de robarse la plata, que los bosques de robles iban a terminar hechos muebles, que su pueblo no iba a encontrar la paz y que todas las prosperidades serían ficticias, mientras la tierra del cañón del Chicamocha siguiera azotada por la erosión. Pero esta lucidez atroz, no le impidió seguir protestando. A pesar de que estaba defendiendo una causa perdida, tuvo la entereza de seguir en la brecha, fiel a sí mismo.

Hasta el fin de sus días, Eduardo Caballero se rebeló contra lo intolerable. Apoyado en el infinito amor que tuvo por una tierra áspera y ensangrentada, siguió terco en su punto, sabiendo que el camino de la realidad era el del suicidio colectivo y que el bando de los ganadores era el de los piratas. A riesgo de parecer pesimista y negativo, a riesgo de incomodar a la multitudinaria legión de los conformes, Caballero fue la mala conciencia de un tiempo cada vez más equivocado. Porque en el reverso de su obsesión por el mito de Caín existía un sueño de fraternidad, un sueño de armonía entre hermanos, una fascinación por la belleza de esta Patria torturada que es nuestro único paisaje posible.

Por eso, cerré mi documental con el discurso que Eduardo leyó a los tipacoques el 5 de diciembre de 1956. Ese día, el escritor reunió a campesinos de todas las veredas en el patio de la hacienda y descubrió una piedra blanca, donde constaba que el Libertador había almorzado en esa casa el 5 de diciembre de 1826. En sus palabras de siempre, limpias y bellas, Eduardo hizo una evocación de Bolívar memorable. Y terminó diciendo lo siguiente:

La patria son estas montañas que ahora miramos, el río que rueda allá abajo en el cañón bañando las vegas donde Siervo Joya siembra unos colinos de tabaco y vigila su arisca tropa de cabras. La patria es el pedazo de tierra que Juan de la Cruz tiene en El Palmar, sembrado de maíz, y la casita de piedra que Antonio Ávila hizo a la orilla de la carretera. La patria son las tumbas de tantos viejos amigos que han muerto y que ustedes conocieron. Nosotros no podemos faltar al mandamiento de esos muertos que fueron boyacenses y colombianos como nosotros, ni a la sugestión de este paisaje formidable, ni al encanto de esta tierra que el Libertador nos dio hace 130 años para que fuera nuestra, y de los hijos de nuestros hijos.

Luis González

El nombre del padre

Venir de lo escrito, amar una obra como uno fue amado. ¿Quién mejor que su propia hija vea la vida de su propio padre con una memoria como ninguno? Cada momento de su obsesión que es la vida y la obra literaria de una persona admirada como padre, como familia, como relación tierna, puede ser la más clara apreciación de una persona amada.

Anécdota sobre anécdota, dato tras dato, en medio de una vida que se dio en este país que queda. Y es tanto lo que Eduardo Caballero Calderón es, que la mano acariciante de su propia hija a duras penas lo evoca.

Son dos historias aparte. Son dos historias casi como una autobiografía mutua, donde hija y padre se funden en un hecho vital y cuidadoso como es conocer ella su obra y saberla ofrecer. Son dos vidas juntas, como las hijas de Milton que escribieron *El paraíso perdido*.



¿Qué más elocuente que el amor para poder escribir o describir una vida? No solamente es válido y útil poder hacerlo, sino que la mejor semblanza es la también vivida por quien la escribe. Cómo con una niña de una edad femenina privilegiada se puede sentir lo que es un hombre padre, qué mejor que una misma vida para describir otra. Este acto de sinceridad sutil es refrescante para una autobiografía mutua. Se hacen más vivos juntos que si el propio autor hubiera escrito sobre sí mismo. ¿Quién puede calcar mejor el alma de alguien si no es un amante de sus avatares, que sea su hija y con un estilo escueto, jovial y también filial, en un texto apacible y veraz nos presente al literato, al hombre de la casa, el político, el diplomático, el ensayista? Pues sobre todo por haber compartido con él su vida literaria en sus propias teclas.

Es muy refrescante olfatear y compartir momentos de un autor con dimensiones que eran y son necesarias conocerlas. Es una autobiografía de Beatriz sobre su padre. Ambos tienen su propio estilo de expresarse y este libro es un cálido diálogo entre ellos. Son emociones mutuas compartidas y los dos están conversando como padre con hija e hija con padre. Es una eterna conversación.

CARLOS MAYOLO